

# MUNIBE

SUPLEMENTO DE CIENCIAS NATURALES DEL

BOLETIN DE LA REAL SOCIEDAD VASCONGADA DE LOS AMIGOS DEL PAIS

AÑO II

1950

CUADERNO 1.º

---

Redacción y Administración: GRUPO DE CIENCIAS NATURALES «ARANZADI»  
Museo de San Telmo - San Sebastián - Teléfono 1-23-04

---

I N V E S T I G A C I O N

## DE MONTES

Por José de Azqueta

Ingeniero de Montes de la Excma. Diputación de Guipúzcoa

Habituados en todos o en casi todos los actos de nuestra vida a que hieran más vivamente nuestros sentidos los hechos o figuras más sobresalientes, dejamos por ello hartas veces de ser objetivos, individualizando nuestra reacción ante el medio en aquellos hechos o seres que más impresión causan a nuestro ánimo.

Un temporal de mar queda reducido en última síntesis, en aquella ola, en aquel chapuzón. Un partido de fútbol en la jugada o en el gol de tal o cual jugador.

Esta concepción podrá parecer a más de uno de los que estas líneas leyere, un tanto peregrina, mas me atrevería a afirmar que es totalmente exacta en cuanto al Monte se refiere. En él rara vez logra captarse la sensación de Masa Forestal y hasta los más contumaces montañeros singularizan su última impresión en aquel roble, en aquel haya, en aquel castaño.

Mas el Monte, en su amplia concepción de Masa Forestal, es unidad viva desde la bacteria de su suelo hasta el más corpulento árbol, pasando por todos sus pisos asociados de matorral herbáceo, leñoso o fructuscente. Como en fútbol —valga la incongruencia en la comparación— es también juego de conjunto, posee sus propias reglas de existencia y no puede ser perturbado en su natural modo de ser sin que su total unidad se resienta.

Esta unidad vida de una extrema complejidad a la que corrientemente nos referimos cuando hablamos de un Robledal, de un

Hayedo, de un Pinar, no sólo no impresiona así nuestro ánimo, sino que se le trata y se le aprovecha —mejor diríamos se la explota— como si sólo de unos pocos o de unos muchos robles, hayas o pinos se tratara. Reducirla así a una reunión de ejemplares, por grande que ésta fuera, equivale a considerar una sociedad humana como constituida única y exclusivamente por determinada clase de personas incapaces de realizar más trabajo ni función que una sola de las que en toda comunidad debe de existir. Un pueblo, una ciudad no podría subsistir si siendo alcaldes todos sus vecinos, no realizasen más función que las específicas de la alcaldía y faltasen totalmente las demás escalas de cualquier orden cuya conjunción forma y es razón de vida del propio Municipio.

Y así es como corrientemente se ve el Monte, la Masa Forestal. Como una reunión de Alcaldes. Sólo adentrándonos en él, conociéndolo tal como es, como una asociación vegetal, es cuando comprendemos que en él, como en toda sociedad organizada, con el Alcalde coexisten toda una amplia gama de seres dedicados a los más dispares cometidos.

Mirando así al Monte, fácilmente comprendemos que cuando subsiste es en gracia a esas asociaciones forestales, y que cuando éstas se perturban por toda la insaciabilidad de nuestro parasitismo humano, dejara de ser Monte para ir pasando paulatinamente, de reunión de árboles a páramo inhóspito.

Casi todos, por no decir todos los males que hoy sufren los montes, las insuficiencias de cantidad y calidad que hoy padecemos en el orden forestal, tienen sus raíces, sus causas más profundas en los ataques a su natural modo de ser como asociación vegetativa. Ataques que continuamente le infrinjimos por nuestra incuria, nuestro abandono, nuestras prácticas abusivas y nuestro lucro inmoderado.

Aun cuando estos ataques están en el ánimo de todos, no podemos menos que enumerar, entre otros, el incesante recorrer del ganado, las limpieas de matorral o sotobosque, que, si bien llevadas pueden ser beneficiosas, sólo pretenden, en la mayoría de los casos, enmascarar en un fin cultural el inmoderado lucro de quien la practica, la continua extracción de humus y cubierta muerta y viva, el trasmochar los árboles, y hasta ese infantilismo de grabar en un ser vivo el nombre del inconsciente paseante.

Cuántas veces oímos, que el roble desaparece, que en este u otro lugar, tal o cual especie presenta enfermedades, y al oírlo debemos considerar que no son esas genéricas especies las que mueren: es la asociación forestal la que está herida, es el Monte mismo el que desaparece.

Refiriendo el Monte a Asociación Forestal como conjunto de plan-

tas que encontramos viviendo o debieran convivir en una determinada estación, presentan estos estudios en su complejidad un gran interés. Dentro del conjunto de factores que intervienen en la definición del habitat, encontraríamos en su estado natural y de no haber sido perturbado, una específica asociación. Toda alteración del medio, modificando los caracteres de la estación, altera asimismo, no sólo el carácter, sino también las especies constitutivas de aquella asociación. Y por lo tanto, del estudio de ésta puede deducirse la alteración sufrida por el medio.

De estos estudios puede, por lo tanto, llegar a conocerse las asociaciones forestales, pongo por caso, del Roble o del Haya, en una determinada localidad, y estas asociaciones deben de conservarse, casi nos atreveríamos a decir que tienen que conservarse, si queremos que el roble o el haya perduren.

La complejidad de estos estudios es muy grande, pues dentro de un mismo habitat caben muy diversas combinaciones, sin que por ello haya habido modificación sustancial del mismo. Y su interés indubitable, pues pueden darnos a conocer no sólo lo que es la Masa, sino lo que ha sido, y lo que puede llegar a ser. Pues estas unidades vivas, no son estáticas, sino que gozan de un dinamismo propio, que las hace capaces de llegar a restablecer el equilibrio roto en determinado momento, y alcanzado éste, rompiéndolo por su propia energía, seguir avanzando hasta la constitución de su climax climacica.

Tomando como ejemplo el Roble, el proceso a grandes rasgos del establecimiento en el tiempo de su climax forestal en un determinado habitat, bien pudiera ser reseñado como sigue:

<b>Fase 1.<sup>a</sup></b>	Desierto.	Desierto.
<b>Fase 2.<sup>a</sup></b>	Tapiz herbáceo mezquino. Pseudo estepa de gramíneas.	Agrosiis, Nardus. Corinephorus, Bromus, Tencrimum, Platago.
<b>Fase 3.<sup>a</sup></b>	Matorral de degradación avanzada. Plantas espinosas. Labiadas.	Brezales, ericas, Calluna, thymus, Lavandula, erináceas, Pterespartum.
<b>Fase 4.<sup>a</sup></b>	Matorral colonizador a base de ericáceas y cistáceas. Etapa Pinares. Matorral heliófilo invasor.	Retamares, genista, Sarothamnus, Cistus. Pinus. Tojares, helechales, Ulex, buxus.
<b>Fase 5.<sup>a</sup></b>	Sotobosques con aparición de leguminosas.  Bosque claro con arbustos intercalados.	Genista Ulex, Vaccinium, Ericas, Coronilla, Cytisus, daphne, Clematis, Lonicera. Pirus, acer, ilex, rhamnus, sorbus, prunustilia, ligustrum.
<b>Fase 6.<sup>a</sup></b>	Optimo.	Quercus-Robles.

Alcanzado el óptimo, la densidad de la especie principal dependerá de su temperamento y podremos decir que será tanto mayor cuanto que su temperamento sea más de sombra. En este óptimo, el sotobosque será, pues, forzosamente bastante escaso, permaneciendo el suelo del monte cubierto de espesa capa de humus y hojas: manto protector contra la desecación del sucio y asiento de una intensa vida microbiana indispensable para el metabolismo de la masa, júzguese el desastroso efecto que sobre la misma ejerce la rutinaria y antinatural práctica de extracción de esta cubierta.

En un castañal, pongamos por caso, en su óptimo, sólo en los pequeños claros de su masa podrá apreciarse algún matorral silicícola, si aceptamos, lo cual resulta ser bastante dudoso, el temperamento calcífugo de esta especie. Si aclaramos inmoderadamente la masa, rápidamente lo invadirá el helecho y de continuar la regresión, diversas formaciones degenerarán en matorral de brezos, para terminar finalmente en una pseudo-estepa.

Por el contrario, si no sólo no las perturbamos, sino que las ayudamos en su lento caminar hacia su óptimo de fases inferiores, podríamos obtener nuevamente esas masas de especies nobles que hoy añoramos. El tiempo que deba transcurrir para ello dependerá, como es lógico, del mayor o menor acierto en los trabajos que emprendamos y en la fase de ante-clima de la que partamos.

En este proceso general en el tiempo, que el hombre trata de abreviar, cuántas veces por la escasez de nuestros conocimientos, o porque en el diario subsistir se hace preciso obtener productos a corto plazo, hacemos caminar a los montes, no hacia su óptimo, sino hacia fases inferiores.

En la actualidad, salvo limitadas superficies, en Guipúzcoa la repoblación de sus montes se lleva a base de la especie Pino Insignis. Si consideramos el lugar que en las fases reseñadas ocupa el género Pinus, es fácilmente comprensible que la repoblación con aquella especie puede suponer para el monte una regresión o una progresión, según el escalón que en el ciclo genral hacia la climax ocupe el monte en la época que intentamos su repoblación.

Montes hay en esta Provincia, en los que con la Conífera avanzamos, mas montes hay también, en los que con ella, de no seguirse un tratamiento selvícola adecuado, nos exponemos a hacerlos rodar por la pendiente de la denudación. Y si ello en todos los casos es absolutamente imprescindible, lo es aún con mayor motivo en todas las repoblaciones con coníferas llevadas a cabo en castañares arruinados por la tinta, trasmochales caducos de roble, montes bajos degradados, en los que aún se conserva algo, por poco que sea, de ese ambiente forestal, que a falta incluso de estudios

más profundos, se siente en el ánimo de quien los contempla en situaciones de pre-climax.

Mas ocurre afortunadamente en multitud de casos que, aunque no se siga en los repoblados un tratamiento selvícola adecuado, difícil por la extrema parcelación de la Provincia, que como es lógico imprime este mismo carácter a la propiedad forestal, paradójicamente, la razón de la sinrazón de ver árboles donde debiera verse masa, influye para paliar la regresión. Los pequeños bosques así repoblados, por el tratamiento que en ellos se sigue de suelo y vuelo, adquieren un carácter particular que, puestos a calificarlos, tendríamos que hacerlo con la denominación tan poco ortodoxa de "pradera con... pinar". Mientras en el piso inferior se lleva a cabo un intenso aprovechamiento de hierbas y helecho, en el superior se lleva a cabo algo que por llamarlo de alguna manera llamaríamos arboricultura... pinar. Y apeado el pino, donde nunca hubo Masa, la parcela, aunque no en su totalidad primitiva, puede alcanzar el equilibrio estacional anterior a la introducción del pino.

En las repoblaciones emprendidas en grandes extensiones, el problema es de mucha mayor envergadura. En el supuesto de que la repoblación con Coníferas —máxime si son de luz— esté bien fundada, el futuro del Monte dependerá siempre en último término del tratamiento que en su turno se dé a la Masa, y cuando por limpias antiselvícolas, extracciones de cubierta muerta, aclareos y cortas inmoderadas ha sido íntimamente perturbada en su natural desarrollo y modo de ser, sobre ser tales prácticas fuera ya de un orden selvícola, antieconómicas, la regresión es segura. Las dificultades que hartas veces se observan en el sostenimiento de la fase pinar, en un segundo turno a aquellas causas sólo son debidas. Es que el monte ha sufrido una regresión, ha descendido de la etapa Pinar, los inconvenientes y los gastos por lo tanto, para el establecimiento de la segunda repoblación serán cada vez mayores, deberemos pues hacerlo descansar, o lo que es lo mismo en Monte, esperar a que naturalmente el matorral colonizador y heliófilo, si ello resulta aún posible, coloque al monte en situación de admitir nuevamente la conífera.

Por el contrario, cuando la masa ha sido bien tratada, cuando su unidad viva no ha sido perturbada, no sólo la segunda repoblación es posible, sino que incluso hemos visto producirse la regeneración natural. Y con aquel cortejo de especies propias de la etapa Pinar, en la voluntariamente nos situamos, se aprecia la invasión de las constitutivas de las especies nobles, colocándose naturalmente el Monte en situaciones de pre-climax de especies frondosas, roble, haya, castaño. La práctica seguida en otros países

de “enresinamiento” de las masas claras de frondosas bien pudiera estar fundada en ello, y lo confirman en nuestro caso el pujor y lozanía con que, en una masa bien tratada de pino, vegetan los robles que en ella se introducen, para crear una masa mezclada, que después de apeado el Pino, mantenga un óptimo de masa pura de Roble. Y se ha observado igualmente, no sólo en Guipúzcoa, sino en otras provincias españolas, que en los castañares arruinados por la enfermedad de la tinta, en los que se crearon masas puras de coníferas, los nuevos brotes de cepa del castaño, parece ser que hasta el momento no son atacados por la enfermedad. Aunque en rigor científico nada pueda afirmarse por el momento, tal vez ello pudiera ser debido —dado el mecanismo de propagación de esta plaga— a una modificación del factor pH, que el establecimiento de la Conífera hace variar.

Y como resumen y final de este ya largo artículo, su consecuencia es bien clara: Dejemos actuar a la Naturaleza. Ayudémosle todos. Que en ella, si no la perturbamos y porque Dios así lo ha querido, tenemos nuestro principal valedor en la reconstrucción de los montes de la Provincia.